



Consulado General y Centro de Promoción de la
República Argentina
Shangai - República Popular China

Concurso de cuentos para el Delta del Río Yangtsé

“El gaucho argentino”: material de inspiración

“Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia, como sin necesidades, es feliz en medio de la pobreza y de sus privaciones, que no son tales para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió más altos sus deseos (...) El gaucho no trabaja; el alimento y el vestido lo encuentra preparado en su casa; uno y otro se lo proporcionan sus ganados, si es propietario; la casa del patrón o pariente, si nada posee. Las atenciones que el ganado exige se reducen a correrías y partidas de placer”.

“El rastreador

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas, en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil, conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío: ésta es una ciencia casera y popular”.

“El baqueano

(...) El baqueano es un gaucho grave y reservado, que conoce a palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baqueano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él”.

“El gaucho malo

Este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular (...) La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto”.

“El cantor

Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El *gaucho cantor* es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca.”

Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas (1845), Domingo Faustino Sarmiento



“Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo;
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir,
y naidas me ha de seguir
cuando yo remonto el vuelo”.

El gaucho Martín Fierro (1872), José Hernández



“La afición al caballo, que exalta con vivacidad valerosa el individualismo, según puede verse en tipos tan diversos como el beduino y el inglés; el dominio de la pampa cuyo descampado ofrece la severidad heroica del mar, mientras su magnificencia de horizontes, la inmensidad del cielo en que aísla al jinete, infunde el hálito libertador de la cumbre; la lidia con el ganado bravío en verdadero esfuerzo combatiente; el peligro de la horda salvaje; el desamparo de aquella soledad donde cada cual debía bastarse, resumiendo las mejores prendas humanas: serenidad, coraje, ingenio, meditación, sobriedad, vigor; todo eso hacía del gaucho un tipo de hombre libre, en quien se exaltaba, naturalmente, a romanticismo, la emoción de la eterna aventura”.

El payador (1916), Leopoldo Lugones



“Hijo de algún confín de la llanura
abierta, elemental, casi secreta,
tiraba el firme lazo que sujeta
al firme toro de cerviz oscura.

Se batió con el indio y con el godó,
murió en reyertas de baraja y taba;
dio su vida a la patria, que ignoraba,
y así perdiendo, fue perdiendo todo.

Hoy es polvo de tiempo y de planeta;
nombres no quedan, pero el nombre dura.
Fue tantos otros y hoy es una quieta
pieza que mueve la literatura”.

El gaucho (1972), Jorge Luis Borges



“El caballo rodeó el bosque trotando y se alejó poco a poco del grupo de turistas que disfrutaba del espectáculo.

–¿Te gustan las pampas? –me preguntó.

–¡Me encantan! –exclamé exhalando un suspiro.

–¿Y qué me decís de los gauchos?

–¿Se supone que tú eres uno de verdad?

–Claro, niña. ¡Lo fui toda la vida!

–No soy ninguna niña...--objeté.

El hombre tiro de las riendas y giró. Me cogió de la mano y se quedó observándome en silencio. Su mirada penetraba mis ojos.

–Dada la forma en la que les hablás a los caballos, llevás en la sangre eso de ser una gaucha. Niña, ¡no paré de mirarte!

–Esa palabra no existe. Solo a los hombres de las pampas se los llama “gauchos”. ¡No hay un equivalente femenino! –observé.

–¿Dónde estudiaste español? –quiso saber.

–En Madrid.

–¿Sabés cómo llamamos los argentinos del campo a nuestras mujeres?

–Sí, “chinas” –respondí, y me acordé de que en Bolivia a la mujer del diablo se le conocía también con aquel nombre.

–¿Te gustaría convertirte en una?

–¡Pues resulta que ya lo soy!”

Más allá de mares y montañas (1981), San Mao